

## Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón

Milán, 25 marzo 2015

*Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro 2014, pp. 52-95.*

*Himno de los centinelas de Asís*

*Negra sombra*

Hace muchos años, un día como hoy, irrumpió en la historia aquello que permite que el hombre esté unido. Es necesario tener la sencillez de corazón de la Virgen para poder ver que esto es posible, que todo se llena de Su presencia.

*Ángelus*

Habíamos propuesto trabajar el tercer capítulo de *Por qué la Iglesia*, en el que don Giussani nos ayuda a entender cuál es el origen de nuestra dificultad para comprender el significado de las palabras cristianas, ofreciéndonos una hipótesis. ¿Por qué tenemos esta dificultad? ¿Por qué sentimos muchas veces esta extrañeza? El origen es una «falta de sintonía original» (p. 52) con aquello que queremos conocer. Pone el ejemplo de los alpinistas que están cansados antes incluso de empezar a escalar. Por eso, por el hecho de haber nacido en una situación histórica como esta hace falta mucha paciencia para aceptar recorrer un camino que nos permita no tirar la toalla diciendo: «¡No es posible!». En medio de todo tuvimos también el encuentro en Roma con el papa Francisco, del cual todos nosotros hemos participado de una forma u otra –la mayoría de nosotros estaba en la plaza–. Habiendo participado, habiendo hecho experiencia, cada uno de nosotros tiene la posibilidad de ver qué ha sucedido. Un gesto como este vence la extrañeza de la que habla don Giussani. No es que por un lado vaya la Escuela de comunidad y por otro el gesto de Roma, como si nada. Empecemos nuestro trabajo.

*Se me ha hecho más claro qué significa el derrumbamiento de las evidencias, en el sentido de que en mí esta expresión adquiere cotidianamente el significado de perder de vista la verdad de las cosas, perder de vista el punto fundamental. Delante de lo que me sucede cada día corro el riesgo de hacer que prevalezca mi interpretación de los hechos, que pasa por el filtro del sentimiento, del humor, de lo que pienso, hasta tal punto que ya no sé distinguir la verdad de las cosas en su concreción de mi interpretación. ¿Por qué este caos? La mayoría de las veces no estoy contenta, las cosas no me salen bien. Sin embargo, lo que me interesa no es tener razón o tener la confirmación de lo que pienso, sino encontrar algo que me salve, porque las cosas, tal y como las veo yo, no bastan. Pensando en esto me venía a la mente una canción de Chieffo: «Qué amargura, amor mío, / ver las cosas como las veo yo». Es decir, que no bastan. Por tanto mi pregunta es: ¿cómo se puede salir de este error? Porque yo no*

*puedo renunciar al impacto que las cosas provocan en mí de forma inevitable, pero me doy cuenta de que la mayoría de las veces mi juicio es limitado y no tiene todo en cuenta.*

¿Te ha ayudado de alguna forma el gesto de Roma, te ha sugerido algo, has hecho experiencia de algo que te haya ayudado a entender qué puede hacer que salgas de este error?

*Sí, que había un punto objetivo al que puedo volver a mirar.*

¿Cuál es el punto objetivo al que puedes volver a mirar para no quedarte atrapada de nuevo en la marea de interpretaciones?

*En el caso de Roma fue evidente, porque estábamos delante del Papa, que nos ha indicado...*

Pero eso no basta, porque muchas personas han participado y cada uno ha pensado una cosa diferente. Si ni siquiera un gesto tan importante como este nos salva de las interpretaciones, ¿qué hace falta? Tú mira lo que te ha sucedido, porque esto es lo que te ayudará a entender.

*Volví a leer el capítulo de la Escuela de comunidad con una pregunta bastante diferente. Es un capítulo que conozco bastante bien, porque lo he recuperado muchas veces para comprender más sobre nuestro contexto cultural. Sin embargo, estas semanas lo he leído con una pregunta más personal, que expresaría así: he intentado entender dónde y cómo se percibe en mí este apartar a Dios de la vida que marca el paso de la Edad Media –dice el capítulo: Dios tiene que ver con todo– a la época moderna, caracterizada por la dificultad de considerar el factor religioso como algo que determina todo. La pregunta es: ¿dónde veo esta alternativa en mí y en nosotros, que puede que vayamos a misa todos los días, que nos santiguamos antes de comer, que tenemos mil reclamos? Creo que en mi vida existencialmente se percibe un auténtico ateísmo práctico, que no he teorizado, cuando mi relación con la realidad y con las personas parte de un proyecto mío en vez de vivirlo como una respuesta a algo que sucede. Veo claramente en mi vida la alternativa entre pensar en mi tiempo y mi actuar como un proyecto o como una respuesta. El proyecto es el que tiende a eliminar el Misterio, porque a fin de cuentas se superpone a la realidad, y sobre todo a las personas; algo que puede ser incluso bueno, pero que fuerza los datos de la realidad (se percibe algo que no funciona) y la libertad de las personas. Este es quizás para mí el signo más grande de mi lejanía del Misterio, que revela una concepción autosuficiente y pretenciosa de mi persona, dirigida a los logros y éxitos no solamente en el ámbito profesional o de las relaciones, sino incluso en el ámbito religioso, paradójicamente. Muchas veces he sorprendido en mí que este proyecto llega hasta la paradoja de intentar imaginar cómo hacer que suceda el milagro o algo que salve a una persona a la que quiero. Este proyecto es en mi vida, de forma inevitable e inexorable, la mayor fuente de amargura y resentimiento, o al menos de desilusión. Cuando veo una alternativa completamente diferente, siempre noto que son días o momentos dirigidos a acoger y secundar los signos de lo que sucede, a seguirlos, puede que con entusiasmo e ímpetu, o con cierta audacia. Es seguir algo que ya ha sucedido. En el fondo cuando es así me doy cuenta de que predomina una mirada atenta para*

*acoger una Presencia que está. Esta alternativa entre el proyecto y la respuesta, entre el proyecto y el signo, no sucede solo en los grandes momentos de la vida, sino que me doy cuenta de que se percibe en todos los pliegues de la cotidianidad, en el trabajo, en la relación en familia, con los amigos, cómo piensas en las vacaciones, cómo tomas una decisión que puede ser banal. Veo que en esta alternativa se juega toda la posibilidad de alegría y de fecundidad. Puede que el aliado más grande a la hora de reclamarme a esta posición que sé que es más prometedora es, paradójicamente, lo que nunca querría percibir, es decir, una conciencia profunda de mi límite e incluso me atrevo a decir –me atrevo porque lo dijo también el Papa– de mi mal.*

*¿Por qué?*

*Porque me devuelve a mí misma, me devuelve una mirada real sobre mí misma; porque en mi verdadero "yo" existe esta experiencia del límite y del mal.*

*¿Cómo te ha ayudado esto a vivir el gesto de Roma?*

*Para mí este ha sido el punto decisivo, porque tengo que decir que llegué con la percepción aguda de ser completamente inadecuada, y delante de esto, escuchar al Papa hablar de la misericordia y del pecado –si no me equivoco dijo literalmente: lugar privilegiado de encuentro– me provocó un deseo enorme y me empujó a buscar y seguir lo que había encontrado ahí y que era tan correspondiente.*

*Te escribí porque estaba realmente necesitado, y todavía lo estoy. Esto ya es algo que no puedo dar por descontado, porque últimamente, yo diría que desde después de Navidad, estoy bastante bloqueado en todas las cosas, en lo que hago y en lo que me sucede. Me da la impresión de no tener ya exigencias, sed, hambre, de que vivo insípidamente una vida que de por sí no es insípida, pero como si no tuviera la necesidad de la sal. La forma en que estoy delante de la realidad no es fructífera, a veces no es verdadera. O es violenta, es decir, intenta acapararlo todo con todos los medios posibles, o incluso está vacía. Ya no me conmuevo por nada. En el tercer capítulo, en el tercer párrafo del tercer punto, Don Giussani habla del humanista y de la concepción de un Dios que no tiene que ver con la totalidad de la realidad. Cito: «El interés por el que vale la pena vivir ya no tiene que ver con Dios, puesto que ya no es [en Él] [...] donde se unifican deseos y juicios» (p. 66). Cuando leí esto me estremecí, porque es exactamente en lo que me estoy convirtiendo. Y esta es la posición que deja entrar la parcialidad de la realidad, con la consecuyente desarticulación y la abstracción de Dios. Por tanto puedo afirmar que es exactamente mi descripción. Yo llegaba entusiasmado por lo que había sido para mí la Navidad: los gestos en los que había participado, las cosas que había hecho... vivir de una forma grande y viva la Encarnación, estaba lleno de gratitud. Sin embargo, después, todo esto desapareció. Me daba cuenta de que esta plenitud tan grande y verdadera ya no repercutía en mi vida. De todas las cosas que vivía ya no retenía nada, ni lo bueno ni lo malo, me dejaba llevar por las cosas que hacía, y todavía hoy me pasa. El otro día estaba hablando con un sacerdote que me decía: «Mira, todo esto se podría resumir en que tú has perdido el foco, el centro, has perdido el amor entendido como el objeto mismo del amor». Es verdad, yo ya no tengo un centro, algo por lo que valga la pena vivir las cosas que hago. Y he descubierto, sobre todo después de Navidad, que hacer las cosas por alguien*

*es la clave para disfrutarlas realmente. Cuando falta esto es como si me descarrilase. Por eso la pregunta radical que quería hacerte es esta: siendo débil como soy, ¿cómo puedo volver a centrarme en este punto? ¿Cómo puedo volver a decir: para mí vivir es Cristo? Estoy más que convencido de que de esta forma se vive mejor y con el ciento por uno. Pero este "humanismo" mío del que habla la Escuela de comunidad no me abandona, o puede que sea yo quien no quiere abandonarlo.*

Pero tú, ¿reconoces algo en tu experiencia que te dé alguna indicación de cómo responder a esta pregunta?

*Ha habido muchos momentos, de verdad que muchos, en los que estaba como durante las Navidades, lleno de gratitud. Y me decía: he encontrado lo que estaba buscando, es más, he encontrado lo que busco. No digo que fuese algo pasajero... A veces, después, me descarrilaba porque me quedaba en mí mismo, pensaba en mí.*

Y esto, ¿qué te hace entender de ti mismo?

*Que necesito siempre este punto.*

¡Esto es lo que nos sorprende! Porque muchas veces pensamos que el encuentro cristiano lo arregla todo de una vez por todas, y luego uno se encuentra otra vez –como decías ahora– delante de un montón de pedazos que no es capaz de recomponer.

*Exacto.*

¿Por qué sucede esta descomposición?

*Sucede por una falta de compromiso con la realidad. Retomo un fragmento que me ha sorprendido cuando he leído el capítulo: «El origen del debilitamiento de una mentalidad orgánica en lo que respecta al problema religioso radica en una posibilidad permanente del alma humana, en la triste posibilidad de faltar al compromiso auténtico, al interés y la curiosidad hacia lo real en su totalidad» (p. 62). Y poco antes dice: «La vida es una trama de acontecimientos y de encuentros que provocan a la conciencia produciendo en ella problemas de distinto tipo. El problema es la expresión dinámica de una reacción frente a esos encuentros. Y el significado de la vida –o de las cosas más pertinentes e importantes en ella– es una meta posible solo para quien esté comprometido con la problemática global de la vida misma» (p. 60). Por lo tanto, es justamente una falta de compromiso con la realidad. Y esto es lo que me sorprende –primero– de mi actuar, de la realidad. Pero es lo que veo, sorprendentemente, sobre todo en la caritativa –ayudamos a personas a encontrar trabajo–, porque una persona que pierde su trabajo, antes incluso que el drama gigante que es no tener un sueldo, pierde el nexo con la realidad, este compromiso con la realidad. Y esto ya no le hace moverse, tanto es así que la primera ayuda es que recupere este nexo con la realidad, que trabaje incluso gratis media jornada. Conocimos hace un mes a un joven de veintiún años que estaba en paro desde hacía seis meses. Estaba bloqueado. Yo le dije: «Mira, tenemos que volver a comprometernos con la realidad, porque si no nos comprometemos dejamos de movernos». Y me dijo: «¡Tienes razón! Porque yo tengo una pasión increíble por la música, compongo e interpreto música, pero desde que no tengo trabajo y tengo todo el tiempo a mi disposición, ya ni compongo ni toco». Volvimos a hablar tres semanas después, le llamé para saber cómo estaba, y me dijo: «He encontrado trabajo. Y he vuelto a tocar».*

Tú me contaste una vez sobre un obrero que no podía no trabajar. Había habido muchos problemas en la empresa y no pagaban a los trabajadores, y mientras todos los demás hacían huelga había uno que, después de lo que le había sucedido desde que os había conocido, seguía trabajando. Y estuvo así durante días. Llegó un momento en el que no podía seguir trabajando por cuestiones técnicas, así que fue a hablar con un compañero experto (que hacía huelga con los demás) para pedirle consejo. Y este le dijo: «Explícamelo, ¿por qué trabajas?». «A mí me ha sucedido algo por lo que no puedo no trabajar, no puedo estar aquí sin hacer nada. ¿Me puedes ayudar a resolver esta dificultad técnica?». La conversación se quedó ahí. Al día siguiente el obrero fue a trabajar como de costumbre y se encontró con este compañero experto que empezó a trabajar con él y le dijo: «¡En cuarenta años nunca había venido a trabajar tan contento!». ¿Qué puede despertar y unir a la persona de este modo? No un esfuerzo titánico, sino lo que nos dijo el Papa en Roma –que tenemos que custodiar para empezar a entender lo que sucede–: la moral no es fruto de un esfuerzo, sino la respuesta conmovida a algo que sucede. Imaginaos: ¿qué ha despertado en el compañero que no trabajaba este compromiso curioso con la realidad? Ver a uno que trabajaba. Imaginaos la lucha interna que tendría todos esos días, delante de uno que trabajaba a pesar de las huelgas: «Pero, ¿y este?», «¿y este?», «¿y este?». Este compromiso curioso con la realidad es el que en un momento dado le ha hecho decir: «Explícame una cosa: ¿por qué sigues trabajando?». Y el otro no puede no decirle lo que le ha sucedido en el encuentro con Cristo, para despertarle y poder acompañarle en este compromiso con la realidad en su totalidad, para que así la vida sea una vida plena. Esta unidad nace justamente a este nivel. Por eso es necesario tener presentes todos los factores, para poder descubrir delante de nuestros ojos de dónde viene esta posibilidad de unidad de la persona que todos queremos. Es entonces cuando podemos empezar a entender de verdad, porque este deseo lo tenemos todos, no hace falta forzar a las personas, como pensamos frecuentemente. Una persona me escribía que a veces, cuando una persona no percibe como ella la verdad de las cosas, tiene ganas de someter la libertad del otro: «A veces no amo la libertad del otro, querría someterla delante de lo que yo percibo que es verdad. ¿Cómo se puede amar al otro por lo que es incluso cuando no reconoce como verdadero lo que es verdad para mí y amar la verdad por completo?». ¿Cómo se puede desafiar la libertad del otro sin someterla?

*Me viene a la cabeza un chico de primero que estudia en la misma universidad que yo, es de Sicilia como yo, que estoy en cuarto curso aquí en Milán. Mientras estudiábamos juntos me contó cómo estaba viviendo; le estaba costando sobre todo porque toda su familia y sus amigos están en Sicilia, y vive en un piso con otros chicos; no se hablan, se han peleado todos con uno de ellos. En la relación con nosotros –hemos estudiado, hemos comido, hemos estado juntos, en definitiva– poco a poco ha empezado a cambiar: se sorprendía por todo, de cómo comíamos, cómo estudiábamos, cómo estábamos juntos. Un tiempo después le dije: «¿Quieres venir con nosotros a Roma a ver al Papa?». Me contestó en seguida que sí. Mientras estábamos de viaje en el autobús me dijo: «Te tengo que contar una cosa que me pasó ayer [yo le había invitado*

a la Escuela de comunidad y había venido]. Por cómo os he visto vivir en este período, por cómo he disfrutado del estudio estando con vosotros... Solo te conozco bien a ti, pero es como si todos me quisieran, me siento acogido como en una familia, nunca había visto algo así. Por cómo os he visto estar juntos, la tarde después de la Escuela de comunidad volví a casa y esperé al chico con el que me había peleado para preguntarle cómo estaba. En la nevera cada uno tiene su propio compartimento con sus cosas. Yo tenía un trozo de salmón que iba a caducar, y me dije: mejor lo comparto con él». Y se pusieron a comer juntos uno en frente del otro, por primera vez. Cuando llegamos a la plaza, antes incluso de que hablase el Papa, cuando en el vídeo don Giussani habló de Andrés que vuelve a su casa, me puse a llorar, porque mirando a este amigo pensaba: lo que sucedió hace dos mil años es lo mismo que me ha sucedido a mí. Cuando don Giussani dijo: «Esto, sin muchas sutilezas, es lo que sucedió», me vino a la cabeza el episodio que te acabo de contar: la misma casa, los mismos chicos, pero él llegó tan lleno de la Escuela de comunidad que empezó a hablar con su compañero de piso con el que casi se había pegado. Después de Roma fui a Nápoles. Volví a Milán tres días después, y todos mis compañeros me preguntaban: «¿Qué tal en Roma?». ¿Cómo era posible? Yo solo había hablado con este nuevo amigo. ¡Era él quien había hablado ya con nuestros compañeros de curso en esos dos días! Y en cuanto me vio me pidió el Huellas. Hace dos días estábamos comiendo con nuestros compañeros de clase. Se acercaba la hora del Ángelus y pensaba: y ahora, ¿cómo les digo a estos que me voy a rezar? Y de pronto, este chico se levanta, se gira hacia el resto dice: «Chicos, voy a rezar con él, ¿queréis venir?». Hablando del derrumbamiento de las evidencias, cuando miro a este nuevo amigo me vuelvo a dar cuenta de todas las evidencias que yo doy por descontadas.

Y en tu opinión, ¿por qué este chico ha podido identificar tan claramente esa diferencia que vivís vosotros? Porque en todo lo que vivimos verificamos todo lo que estamos leyendo en estos capítulos. ¿Qué le ha permitido reconocer esa vida que es la Iglesia a través de la modalidad con la que vosotros comíais, estudiabais, vivíais?

*En mi opinión –si pienso en lo que es para mí–, el hecho de que lo necesitaba.*

¡Lo necesitaba! Tal cual, literalmente, afirma Giussani. No es que este amigo haya pensado en la necesidad, ¡sino que la misma necesidad le ha hecho entender la vida! Por la necesidad que tenía, interceptó enseguida la respuesta. ¿En qué se puede ver? En lo que ha cambiado en él, que no ha sido el resultado de un entrenamiento, de un esfuerzo –de nuevo, cuál es el origen de la moral–. Esto es lo que ahora tenemos que intentar reconocer en la experiencia: qué hechos suceden entre nosotros que nos ayudan a entender las palabras que nos ha dicho el Papa, no como un discurso abstracto, sino como un estupor delante de lo que sucede. Porque el hecho de que un chico, después de meses que no se habla con su compañero de piso, de pronto tenga unas ganas locas de esperarle y de cenar con él, ¿de dónde nace? ¿De dónde brota este deseo si no de la respuesta conmovida a lo que le ha sucedido? Y así muchos más. Esta unidad, que no es solamente la unidad del "yo" sino también unidad con los demás, ¿de dónde nace? ¿Es un esfuerzo? ¿Es algo que generamos nosotros poniéndonos de acuerdo? También nosotros nos encontramos con el mismo tipo de experiencia que hacen los dos apóstoles

que, alejándose de Él, "se saludan sin saludarse" porque "tienen" lo mismo. Esto es lo que nos permite entender.

*Cuando volví de Roma me empecé a perder en los miles de análisis de lo que había entendido o no del discurso del Papa.*

¿Qué te ha salvado de la avalancha de los análisis, del racionalismo de las interpretaciones?

*Que una persona que no es del movimiento, a la que invitamos a Roma con nosotros, me escribió esto pocos días después: "Es extraña la vida. Uno intenta mantener el rumbo como puede y después termina en Roma con personas de verdad y se recargan las pilas. Y después vuelve a casa y esta recarga no se agota. Es mi primera vez. De repente era como una inyección de antibiótico que atenuaba el dolor, pero la enfermedad era crónica y los síntomas aparecían de nuevo. Gracias". Esto, aparte de conmoverme, me ha hecho entender mejor el pasaje que el Papa hace al principio: "Todo en nuestra vida, hoy como en los tiempos de Jesús, empieza con un encuentro".*

Un encuentro que no es simplemente algo que atenúa el dolor. Por eso cuando buscamos entre nosotros un paliativo, es demasiado poco. La cuestión es encontrar una plenitud que no se pierda nunca.

*Estudio en la universidad, y quería contarte el descubrimiento que he hecho gracias al encuentro de Roma. No estuve en Roma porque mis padres no querían que fuera. Cuando mis amigos me lo propusieron me pregunté mucho por qué debería ir, si valía la pena, pues no me parecía justo partir sin estar segura. Una vez leída tu carta y después de confrontarme con mis amigos, he entendido que habría sido verdaderamente importante para mí ir a la audiencia, en tanto que representaba de manera totalizante mi encuentro con el movimiento en la universidad. Cierta de mis motivaciones, decido proponérselo a mis padres que, sin escuchar y tomarse en serio mis palabras, me prohíben ir. Aunque insistiera, las justificaciones de mis padres eran: "Tienes muchas cosas que hacer. No puedes hacer siempre todo. Tienes que elegir. Estás muy poco en casa. No existe solo el movimiento". Triste y desilusionada me paso los días siguientes en un clima sofocante, sin lograr convencer a mis padres y viendo a todos mis amigos que se preparaban para ir a Roma. La mañana del encuentro tenía que salir de casa y le pedí a mi padre que grabara el evento. Vuelvo a casa y me lo encuentro delante de la televisión viendo la última parte de la audiencia. Después se acerca y me dice: "Estoy un poco arrepentido de haberte prohibido ir". Sorprendida por la afirmación, tras un momento de vergüenza, le pregunto el motivo y me contesta: "He visto el encuentro en la televisión. El Papa ha dicho cosas preciosas. Me habría gustado que mi hija hubiese estado allí presente. Quería pedirte perdón. Me sabe muy mal". ¡Me descolocó tanto y me quedé tan sorprendida que no logré articular palabra alguna! Nunca me había pasado que mi padre pidiera perdón por una decisión que tomaba por mí, dándose cuenta de la enorme importancia de aquel gesto hasta el punto que se convirtió en alguien humano y verdadero a mis ojos. Más tarde vi la grabación del encuentro y mi padre quiso verla y comentarla conmigo. Un momento para mí muy*

*significativo, porque me ha recordado el valor de la audiencia con el Papa aunque no haya ido. Entonces para mí, paradójica e inesperadamente, Roma ha sido dar ese paso fundamental en casa, en la relación con mi padre que veo ya crecer ante mis ojos.*

Gracias. Es impresionante porque una cosa que, aparentemente, puede parecer que va en nuestra contra se convierte en parte del acontecimiento, como dice el capítulo tercero, «No cae una hoja sin que Dios lo quiera» (p. 55). No sabemos cómo *a priori* Dios podrá usar también esta circunstancia (que no se cumpla un deseo nuestro) para suceder de forma distinta a como imaginamos. Y esta es la modalidad a través de la cual vemos quién es Dios, descubriendo la pertinencia que tiene a todos los aspectos del vivir. Si queremos sacar algo de la realidad, de las circunstancias del vivir, entonces nos bloqueamos constantemente, porque no estamos disponibles a la modalidad en la que Dios nos hará ver quién es Él. ¡Somos torpes, porque cuando no vemos que Dios puede usar una circunstancia, entonces la queremos excluir porque pensamos que no tiene nada que ver; después, en un momento dado, descubrimos que sí que tiene que ver. Amiga, esta es la modalidad en la que el Misterio te ha devuelto aquello que pensabas que te había quitado.

*He ido contigo a ver al Papa, mendigo de la gran Presencia, concreta, tan concreta como un hijo que va a ver a su padre. Y, desde cierto punto de vista, he sido ayudado en esto porque tengo un problema serio en este periodo, y por lo tanto ir a un encuentro de masas festivo no me bastaba.*

¡Tampoco a mí!

*Por otra parte, he visto cómo te interesaba ir a ver al Papa, y por eso me he fiado. Ahora no quiero pasar página, no quiero volver a la Escuela de comunidad, cerrar Roma y hacer como si hubiera sido un paréntesis. No quiero perder el impacto de las palabras que el Papa nos ha dicho. Por esto no quiero ahorrarme ni ahorrarte nada. Quería saber qué has entendido cuando el Papa habló de descentrar el carisma y centrarnos en Cristo, y cómo esto no contradice aquello que siempre nos decimos: ensimismaros con el carisma. Porque en mi vida el carisma de Giussani, que continúa en la compañía del movimiento y contigo, es la mano de Jesús que me toca personalmente. Sinceramente, no tengo otra vía más rápida para llegar a Jesús, si no es ensimismarme con el carisma. No sé si tú lo tienes, o si está en contradicción.*

Respondiendo a esta pregunta, puedo sintetizar lo que hemos vivido juntos. Fuimos a Roma para plantearle al Papa una pregunta: ¿cómo podemos no perder la frescura del carisma? Era la pregunta que el papa Francisco había hecho en el encuentro con los Movimientos, y es la urgencia más grande. ¿Cómo ha respondido el Papa a nuestra pregunta? Para mí –visto que me lo preguntas a mí– no ha respondido solo con palabras: Cristo nos ha respondido a través de lo que ha hecho suceder. Y cada uno de nosotros tiene que mirar lo que ha sucedido ahí, porque no estábamos solos en la plaza, no, estábamos presentes cada uno de forma personal y también juntos, participando en un gesto. Entonces: ¿qué ha sucedido? Ahí cada uno de nosotros ha tenido que verificarlo. Una de las intervenciones de antes hablaba de este chico que ha podido reconocer lo que le había sucedido a través de la naturaleza de su necesidad. En San Pedro cada uno de nosotros pudo sorprenderse reconociendo con qué necesidad había



ido (no la imagen de la necesidad, ¡sino la necesidad real, con la disponibilidad del corazón!); y ha podido ver qué ha sucedido. De hecho, podemos participar en un gesto y no ver nada. Que es exactamente lo que está escrito al comienzo de *Por qué la Iglesia*. No basta ver una vida como la de la Iglesia para reconocerla; la dificultad que tenemos –dice Giussani– es que si falta una apertura, el sentido religioso, no entendemos, no conseguimos entender lo que sucede. Por lo tanto, delante de un gesto como el de la audiencia todos nos vimos sorprendiendo en nosotros una de las tres posturas que hemos estudiado en el segundo capítulo de la Escuela de comunidad. Hay quien se ha quedado atrapado en la avalancha de opiniones, es decir, no ha vivido algo realmente significativo que se haya impuesto a las interpretaciones. Hay quien ha percibido un calor sentimental, pero que se ha tambaleado en cuanto los periódicos han dado su propia interpretación –como me decían algunos amigos cuando estuve en Brasil: al día siguiente, viendo los periódicos, a pesar de la experiencia que habían hecho, ¡pensaban que la única forma de conservar el intimismo calentito era no leerlos!–. Y, finalmente, hay quien ha participado en un evento integralmente humano, por lo que se ha visto liberado de su propio racionalismo, de su propia medida, de su propia interpretación, y nada ha podido quitarle el impacto de lo que ha sucedido, hasta el punto de que dura todavía hoy. Cada uno de nosotros ha tenido una experiencia en Roma, y la verificación de esa experiencia es lo que ha sucedido después, incluso en la forma de afrontar las diferentes interpretaciones de unos y otros, de los de "dentro" y de los de "fuera" (porque no hay diferencia, no hay "dentro" y "fuera", en cierto sentido). El ciego de nacimiento vivió un evento, y Jesús no se quedó con él después del milagro: «Ahora me quedo contigo porque así podemos afrontar juntos la lucha contra los fariseos que vendrán a golpearte con sus interpretaciones». No, Jesús le curó, le hizo vivir una experiencia gracias a la cual podía no quedarse atrapado en las interpretaciones o en la conservación intimista del calor que se ha experimentado; le lanzó al mundo, se fue: «Tienes lo que necesitas para afrontarlo todo». Cada uno de nosotros tiene que mirar qué ha sucedido: si se ha quedado confuso, si se ha quedado atrapado, o si en cambio, como el ciego de nacimiento, todas las dificultades, todos los desafíos que ha tenido que afrontar le han convencido aún más de lo que le había sucedido: «No necesito nada más que lo que me ha sucedido». Al ciego de nacimiento le bastó una lealtad sencilla con lo que había hecho ese Hombre: «Yo antes no veía, y ahora veo». Y nada consiguió apartarlo de esa evidencia. Entonces, cuando cada uno de nosotros se ve desafiado por el trabajo más que por otros problemas, por una interpretación más que por las dificultades de la vida, tiene que ver si le ha sucedido como al ciego de nacimiento. Verificamos lo que ha sucedido realmente en Roma no solo volviendo a la experiencia que hemos vivido allí, sino también en todo lo que sucede después, que nos permite entender más lo que ha sucedido. Es todo un proceso de comprensión de lo que ha sucedido en Roma que nos permitirá en los próximos tiempos poder acogerlo en toda su profundidad. Porque cuando uno tiene clara su necesidad no se equivoca a la hora de decir qué es lo importante. Personalmente, solamente el hecho de haber escuchado de nuevo hablar de Cristo como lo ha hecho el Papa, de haber visto que Él volvía a suceder en mí con mi necesidad, con mi mal, mi insuficiencia, hizo que estuviera tan agradecido, tan contento, que fue como si volviera a suceder esa liberación de mis

preocupaciones, de mi racionalismo o de mi forma de mirar la realidad –porque es el encuentro lo que nos libera–. Por otra parte, hay quien un instante después del final del gesto ya estaba atrapado en sus interpretaciones. ¿Cómo podemos entender qué ha sucedido? Basta que cada uno de nosotros compare lo que ha vivido con el paradigma del encuentro. ¿Y cuál es el paradigma del encuentro que don Giussani nos ha puesto siempre delante de los ojos (como hizo el Papa el 7 de marzo)? Leamos: «Imaginad a aquellos dos escuchándole durante varias horas y que luego deben volver a casa. Él les despide y ellos se marchan callados, en silencio [primer signo que hay que verificar: ¿qué nos hace volver en silencio?], porque les invade la impresión que han tenido de presentir el misterio, de sentirlo [les ha invadido: segundo signo]. Y después se separan. Cada uno se va a su casa [como nosotros, empezamos a despedirnos unos de otros y tomamos el tren que nos lleva a casa]. No se despiden. No es que no lo hagan, sino que lo hacen de otro modo: se despiden sin hablar porque están llenos de lo mismo [tercer signo], los dos son una sola cosa de tan llenos como están de lo mismo [no porque estén juntos; se separan, se va cada uno a su casa, pero no pueden irse sin estar llenos de lo mismo, permanecen juntos aunque cada uno se vaya por su lado porque comparten lo que les es más querido]. Andrés entra en su casa, se quita la túnica y su mujer le dice: "Pero Andrés, ¿qué te pasa? Estás diferente [cuarto signo], ¿qué te ha sucedido?" [Como nuestro nuevo amigo: "¿Qué te ha pasado? El otro día casi nos pegamos, no nos hablamos desde hace un mes... ¿Por qué me has esperado para cenar juntos y para preguntarme qué tal estoy?"]. Imaginemos que él, abrazándola, rompiese a llorar y que ella, turbada, siguiese preguntándole: "Pero, ¿qué te pasa?". Él seguía abrazando a su mujer, que no se había sentido abrazada así en toda su vida: ¡Era otro! [quinto signo]. Era él pero era otro. Si le hubiesen preguntado "¿Quién eres?", habría dicho: "Me doy cuenta de que soy otro"» (L. Giussani, *El templo y el tiempo: Dios y el hombre*, Encuentro, Madrid 2010, pp. 58-59). Cada uno de nosotros puede ver qué ha sucedido. Esta es la referencia con la que comparar. ¡Esto es el carisma! ¿En Roma volvió a suceder el carisma? ¿Cómo ha sucedido? Porque nosotros, sea cual sea la modalidad con la que llegamos, si estábamos disponibles pudimos vernos descentrados de las preocupaciones que teníamos, de los problemas, y hemos podido ser sorprendidos de nuevo por Cristo. Teniendo esto en los ojos tenemos que volver a leer el texto del Papa para entender qué significa «descentrarse», como nos ha enseñado siempre la Escuela de comunidad, como nos hemos dicho siempre: «*In manibus nostris sunt codices, in oculis nostris facta*» (san Agustín, *Sermo sancti Augustini cum pagani ingrederentur*), en nuestros ojos los hechos, en nuestras manos los códigos, es decir, los textos. Leamos otra vez lo que nos ha dicho el Papa para poder entenderlo, para no relacionar cosas que no tienen nada que ver, porque Cristo ha hecho suceder antes aquello de lo que después podíamos darnos cuenta. ¿Entendéis que si no vuelve a suceder esto, no nos descentramos? Es necesario que vuelva a suceder constantemente. Que es exactamente lo que siempre ha hecho don Giussani con nosotros, porque muchas veces nosotros, aun viviendo el carisma –no porque nos hayamos ido, ¡sino viviendo el carisma!–, nos desplazábamos. Decía en 1982: «La pasada noche, en un encuentro en Milán [lo cité en los Ejercicios de la Fraternidad del 2013], comenté que, en estos años, desde hace aproximadamente unos quince años [¡no desde hace dos días] [...] todo el esfuerzo de

nuestra acción asociativa, operativa, caritativa, cultural, social, política, ciertamente tenía como objetivo movilizarnos y usar las cosas [nos ha tomado la delantera] [...]. Sin embargo, al comienzo [...] no fue así [y todos estábamos allí viviendo el carisma, pero don Giussani dice: "Al comienzo no fue así"] al principio [...] no se construyó sobre los valores que Cristo nos trajo, sino que se construyó sobre Cristo, tan ingenuamente como queráis, [se construía sobre] el hecho de Cristo y, por consiguiente, el hecho de su cuerpo [...], de la Iglesia. Al principio se construía, se intentaba construir sobre algo que estaba sucediendo, [...] [y] era una posición pura. [...] Por haberla abandonado en cierto sentido, por habernos mantenido en una posición que ha sido ante todo, casi diría, una "traducción cultural" más que el entusiasmo por una Presencia, no conocemos [justamente porque nos hemos desplazado] a Cristo » (L. Giussani, *La fraternidad de Comunión y Liberación*, Encuentro, Madrid 2007, p. 95). Menos mal que Giussani, haciendo que sucediera delante de nosotros –¡y creo que Giussani entendía bastante del carisma!–, no nos consintió perder el carisma por el camino (el Papa ha sido incluso tierno comparado con Giussani, ¿entendéis?), nos ha ayudado a volver a hacer experiencia del carisma, haciendo que sucediera según su naturaleza, que es el acontecimiento cristiano. Giussani nos ha ayudado a esto constantemente, a no separarnos de esto, a descentrarnos de todo lo que prevalecía, como hizo Jesús desde el principio. Cuando Jesús envía a los discípulos a la misión y ellos vuelven contentos por lo que han hecho, les dice: «No os alegréis por esto, porque no es lo que necesitáis para vivir. Alegraos porque vuestros nombres están escritos en el Cielo». Jesús les descentra constantemente, y luego podemos leer toda la vida de Jesús con los discípulos como un descentramiento constante, hasta el momento final, cuando se está acabando el Evangelio: «Pedro, ¿me amas?», «Sí», «Entonces sígueme». Empieza a seguirle, y en el último minuto Pedro dice: «¿Y qué hacemos con este Juan que viene detrás de nosotros?», «Déjalo ya, ¡descéntrate y sígueme!». Esto es lo que tenemos delante de nosotros ahora para poder descubrir, no simplemente razonando, sino a través del testimonio recíproco lo que sucede, lo que nos conmueve, lo que Él sigue obrando en medio de nosotros para ayudarnos a entender. Es una hipótesis de trabajo que tenemos que verificar, una sorpresa por descubrir, de forma personal y juntos. Después nos veremos en los Ejercicios de la Fraternidad.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 20 de mayo a las 21:30. No habrá en el mes de abril porque tendremos los Ejercicios de la Fraternidad. Empezaremos a trabajar juntos la *Introducción*. Hasta los Ejercicios de la Fraternidad seguimos trabajando el tercer capítulo de la Escuela de comunidad. No son dos cosas separadas. Hemos visto cómo el gesto con el Papa nos ha ayudado a entender la Escuela de comunidad, y cómo la Escuela de comunidad nos ayuda a entender el gesto con el Papa.

Cuadernillo con el texto del Papa. Como habéis visto, hemos hecho un cuadernillo con el texto del discurso del papa Francisco en la audiencia del 7 de marzo. Hemos ido a Roma a preguntarle al Papa cómo podemos no perder la frescura del carisma y el Papa nos ha respondido. «*Roma locuta, causa finita est*» (Roma ha hablado, la causa está definitivamente cerrada). La primera cuestión no es añadir más palabras, sino tomarnos

en serio la propuesta que nos ha hecho y empezar a vivirla como hipótesis de trabajo. Solo así podremos ver cómo las palabras que el Papa nos ha dicho iluminan nuestra vida. Este trabajo nos ayudará también a preparar los Ejercicios de la Fraternidad. Si alguien quiere enviar contribuciones sobre la experiencia que ha hecho o preguntas que han surgido haciendo este trabajo que puedan ser útiles para los Ejercicios, puede enviarlas a la dirección de correo de esta Escuela de comunidad: [sdccarron@comunioneliberazione.org](mailto:sdccarron@comunioneliberazione.org), indicando en el asunto "Ejercicios Fraternidad".

Cartel de Pascua. El texto del Cartel de Pascua es un fragmento del discurso del 7 de marzo. ¿Podía ser de otro modo después de lo que nos ha dicho el Papa? «Todo en nuestra vida, hoy como en tiempos de Jesús, comienza con un encuentro. Un encuentro con este hombre, el carpintero de Nazaret, un hombre como todos y, al mismo tiempo, diverso. Pensemos en el evangelio de san Juan, allí donde relata el primer encuentro de los discípulos con Jesús (cf. 1, 35-42). Andrés, Juan y Simón: se sintieron mirados en lo más profundo, conocidos íntimamente, y esto suscitó en ellos una sorpresa, un estupor que, inmediatamente, los hizo sentirse unidos a Él... Hablando del encuentro, me viene a la memoria "La vocación de Mateo", ese Caravaggio ante el cual me detenía largamente en San Luis de los Franceses cada vez que venía a Roma. Ninguno de los que estaban allí, incluido Mateo, ávido de dinero, podía creer en el mensaje de ese dedo que lo indicaba, en el mensaje de esos ojos que lo miraban con misericordia y lo elegían para el seguimiento. Sentía el estupor del encuentro. El lugar privilegiado del encuentro es la caricia de la misericordia de Jesucristo. (Papa Francisco)». Es un texto para tener delante de los ojos para poder tener una imagen llena del estupor de una Presencia. Es imposible mirar el rostro de Mateo sin ver en él toda la mirada de la que es objeto.

El Libro del mes para abril y mayo será *Un'attrattiva che muove. La proposta inesauribile della vita di don Giussani*, (Bur), una recopilación de intervenciones de personalidades importantes que han presentado la *Vida de don Giussani*.

Que la Semana Santa que estamos empezando nos ayude a tener esta postura: ensimismarnos con Cristo que ha venido justamente para que nuestra vida no esté descompuesta. Por eso sostengámonos y pidámoslo los unos para los otros.

¡Feliz Pascua a todos!

*Gloria*

*Veni Sancte Spiritus*